

La madre de todas las preguntas

¿POR QUÉ LOS ALEMANES? ¿POR QUÉ LOS JUDÍOS?

¿Por qué asesinaron los alemanes a seis millones de hombres, mujeres y niños por el único motivo de ser judíos? ¿Cómo fue posible tal atrocidad? ¿Cómo pudo un pueblo civilizado, trabajador y culturalmente tan diverso liberar semejante energía criminal? Esta sigue siendo la madre de todas las preguntas, la que los alemanes deben responder si quieren comprender su historia y explicarse a sí mismos y a sus hijos el papel desempeñado por sus familias en este proceso.

Los emigrantes judíos que en el siglo XIX llegaron a Alemania desde los países vecinos del este tenían motivos para sentirse felices por haber cruzado la frontera germana. Valoraban la seguridad jurídica, la libertad económica y las oportunidades educativas para sus hijos que les ofrecían Prusia, a partir de 1812, y el imperio alemán, después. Los pogromos, tan frecuentes en los países del este y sur de Europa hasta bien entrado el siglo XX, eran algo desconocido en Alemania. Más allá de cualquier obstáculo, los judíos disfrutaron, particularmente en Prusia, de buenas oportunidades para impulsar de modo activo su autoemancipación. Sin embargo, paradójicamente, aquellas elevadas cotas de libertad que tenían garantizadas alimentaron un antisemitismo especial.

En el año 1910 vivían en Alemania más del doble de judíos que en el Reino Unido y cinco veces más que en Francia. Cuando, en

1919, el Reich tuvo que ceder la provincia de Posen a la recién creada Polonia, los judíos alemanes que vivían allí huyeron a Berlín «precipitadamente, por miedo patológico a los nuevos señores de la tierra polaca».¹ Uno de los que dedicó su vida a reflexionar sobre su doble condición de alemán y judío fue el bávaro Siegfried Lichtenstaedter, alto funcionario jubilado en 1932 y escritor de vocación que, en 1937, observó lo siguiente: si en la Alemania de principios del siglo xx alguien hubiera pronosticado que «a partir de 1933, miles de nosotros huiríamos a Palestina para evitar nuestra extinción, lo habrían tildado inmediatamente de loco de atar».² Hechos como estos impiden dar respuestas sencillas a la inquietante doble pregunta de obligada respuesta histórica: ¿por qué los alemanes?, ¿por qué los judíos?

En la Alemania actual situamos a las víctimas del Holocausto en el centro de las reflexiones y fomentamos una dinámica de identificación con ellas, como demuestran de forma impresionante los incontables monumentos, museos, investigaciones y esfuerzos literarios y pedagógicos. Paralelamente, en un ejercicio de abstracción, describimos a los autores como ejecutores casi extraterrestres y, con un distanciamiento que a menudo ignora las historias de nuestras propias familias, nos referimos a ellos como «los nacionalsocialistas», «los esbirros nazis», el «régimen nacionalsocialista», «fanáticos ideólogos raciales», o bien hablamos del «imaginario paranoico de los antisemitas raciales» o de un «movimiento popular». Lo único que se consigue con esta terminología es poner trabas al conocimiento. En estas páginas intento desvelar qué se esconde tras estos conceptos desde el punto de vista histórico.

Las distintas teorías sobre el fascismo, las dictaduras en general o la lógica de la inclusión y la exclusión también sirven, en mi opinión, para mantener a las generaciones posteriores cuidadosamente alejadas del Holocausto. Al final, las conceptualizaciones vacuas ocultan el asesinato racista detrás de principios marxistas, le restan importancia aludiendo a un retorno a la barbarie histórica, o bien achacan la responsabilidad a un supuesto *Sonderweg* o vía particular alemana distinta de la europea, a una determinada generación de ejecutores supuestamente difícil de encasillar, a una ideología especial o a una propensión generalizada a las formas de estado totalitarias. Cuanto

más lógicos parecen estos experimentos mentales, menos explican el transcurso de un período de la historia de Alemania que culminó en una masacre. Todos estos planteamientos en apariencia aclaratorios son fácilmente refutables si recordamos, como hizo Goethe, que al gremio de los teóricos «le gusta evitar los fenómenos y, en su lugar, intercalar imágenes, conceptos, a menudo simples palabras».³ Una palabra nueva no siempre descubre una nueva verdad.

Si queremos aprender del asesinato cometido sobre los judíos europeos, lo primero que tenemos que hacer es dejar de explicar los antecedentes con la ayuda de esquemas bipolares que dividen la historia en desarrollos «buenos» y «malos». Los optimistas históricos gustan de este tipo de construcciones, ven su presente en el culmen del civismo y alientan en el público la ilusión de que todo lo que hoy nos parece correcto o incorrecto también lo fue en el pasado. Desde el punto de vista analítico, esta forma de pensar la historia conduce al error porque genera distancia y no explica nada.

El objetivo de este libro es quitar de los ojos la venda que impide ver los antecedentes y convierte el nacionalsocialismo en un ente extraño, en un paso en falso inexplicable en el curso de la historia de Alemania. Por ello me fijó también en personajes que, si bien merecen todo el respeto por su labor reformista y precursora de las ideas liberales, destacaron además por su enemistad e, incluso, odio hacia el pueblo judío. Me refiero, por ejemplo, a Karl vom Stein, Ernst Moritz Arndt, Friedrich Ludwig Jahn, Peter Christian Beuth, Friedrich List o Franz Mehring. Muchos de ellos fueron demócratas alemanes de pura cepa a los que hoy alaba la actual República Federal. Por otro lado, para entender el antisemitismo alemán, me parece importante tener en cuenta las corrientes antiliberales alimentadas desde distintos focos. Me refiero al giro antiliberal de Bismarck con el apoyo de los conservadores, al pensamiento colectivista, primero, y étnico-colectivista, después, de los socialistas alemanes o a la auto-destrucción del liberalismo bajo la égida de Friedrich Naumann.

En el año 1933, Siegfried Lichtenstaedter intentó analizar las perspectivas de futuro de los judíos alemanes. Desde hacía años estudiaba atentamente el *Völkischer Beobachter*, «un periódico muy leído, órgano del “Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán”», como ya

apuntó en 1922.⁴ Lichtenstaedter se preguntó por qué los judíos eran el centro de los ataques del citado medio. Por un lado, según su opinión, porque su actitud, aspecto y religión los acercaba a las culturas dominantes europeas; por otro, porque su «yo colectivo» era claramente distinguible. Y lo ilustró con un ejemplo: a diferencia del movimiento antisemita, un imaginario movimiento de antizurdos estaría destinado al fracaso, ya que las cualidades que unirían a los que escriben con la mano izquierda serían demasiado débiles para fundar un yo colectivo de zurdos. Pero si el factor de unión es lo suficientemente fuerte, como en el caso de los judíos, el resultado es un grupo compacto al que se le pueden atribuir otras características.⁵

Lichtenstaedter consideraba el NSDAP, el Partido Nacional-socialista Obrero Alemán liderado por Hitler, un partido de arribistas. De ello dedujo en 1933 su futuro y el del resto de judíos alemanes. Constató que, en promedio, los judíos ocupaban posiciones sociales más altas en Europa central y occidental, algo que los no judíos soportaban cada vez menos. El recuperado afán de ascenso social de los judíos proporcionó a sus adversarios una enorme clientela. Para Lichtenstaedter, los antisemitas motivados por esta visión consideraban que la religión mosaica y el origen judío eran una cuestión «prácticamente irrelevante». Lo que en realidad les molestaba era que compitieran con ellos por «alimento, honor y reputación». En su opinión, el antisemitismo se volvió agresivo por culpa de la envidia social, la competencia y el afán de ascenso, y lo explicó con la siguiente reflexión: si el grupo formado por los judíos «parece ser desproporcionadamente “más feliz” que los otros, ¿por qué este hecho no debería despertar en los corazones y las mentes de los demás la misma envidia y recelo, la misma inquietud y preocupación que aflora también, con demasiada frecuencia, en las relaciones entre individuos?».⁶

Lichtenstaedter separó el yo colectivo de los judíos, es decir, sus rasgos distintivos, de los motivos que impulsaban a sus enemigos; diferenció los puntos de contacto externos del antisemitismo de los objetivos de los antisemitas. En vez de demonizar a los nacionalsocialistas, analizó las fuerzas políticas que amenazaban su propia existencia como ser humano, y no solo la suya y la de sus correligionarios,

sino también la de todo aquel que perteneciera a la raza judía. Lichtenstaedter quería comprender el entorno nacionalsocialista en el que vivía y, por ello, le interesaban los pronósticos y las reglas de conducta que de estos se derivaban. Tenía en cuenta que Hitler veía el judaísmo como «un pueblo con unas esencias muy particulares» que «lo separan del resto de pueblos que habitan sobre la faz de la tierra».⁷ Sin embargo, para Lichtenstaedter, el antisemitismo alemán no se alimentaba de ninguna ideología especialmente concebida, sino de tensiones e intereses materiales y, en última instancia, del pecado capital que, a diferencia de los otros seis (lujuria, gula, soberbia, avaricia, ira y pereza) no provoca ningún placer: la envidia.

La envidia destruye la convivencia social, mina la confianza, provoca agresividad, promueve el imperio de la sospecha e induce a las personas a aumentar su autoestima humillando a los demás. La mirada recelosa y maliciosa de la rivalidad, la calumnia y la difamación siempre van dirigidas al afortunado y, también, al que vive al margen. En este contexto, los envidiosos se autointoxican, están cada vez más insatisfechos y se vuelven todavía más hostiles. Y son muy conscientes de ello. Por ello ocultan pudorosamente su carácter detrás de todo tipo de pretextos, como por ejemplo, una teoría de la raza. Los envidiosos estigmatizan a los más inteligentes considerándolos astutos, pero no profundos. El éxito ajeno les consume y tachan a los envidiados de codiciosos, inmorales, egoístas y, por ello, dignos de desprecio. Los envidiosos se erigen a sí mismos en seres decentes y moralmente superiores. Disfrazan su propio fracaso de humildad y reprochan al envidiado que se exhiba siempre en primera fila.

El envidioso no aspira necesariamente a imitar al envidiado y no pocas veces se reafirma en ello a grito pelado. Como observó Immanuel Kant, sus energías las dirige «a la destrucción de la felicidad ajena». Cuando el prójimo pierde parte de sus privilegios y ventajas o está a punto de recibir una reprimenda, el envidioso siente un placer sereno, disfruta de su malicia y se alegra del perjuicio ajeno. ¿Acaso merecen los envidiados compasión o, ni siquiera, apoyo? ¡No! Como siempre han sabido más, como siempre han sido unos adelantados, ¡que se defiendan solos! El envidioso calma así los pocos escrúpulos morales que le quedan, se mete las manos en los bolsillos y proclama

su inocencia. Cuando otros martirizan al envidiado, el pequeño envidioso se dice a sí mismo: «¡A mí qué me importa!». Su conciencia está tranquila porque él no ha sido.

¿De qué fuentes bebe la envidia? De la debilidad, la pusilanimidad, la falta de autoconfianza, la sensación de inferioridad y una ambición exaltada. «El alemán se exige a sí mismo ser alemán», criticó en 1848-1849 el diputado Julius Fröbel en la Asamblea Nacional de Frankfurt, el primer Parlamento alemán libremente elegido. En sus palabras, Fröbel estaba reconociendo un sentimiento de inferioridad: «En cierto sentido, el espíritu alemán siempre está delante del espejo y se observa, y cuando se ha observado cientos de veces y se ha convencido de su perfección, le vuelve a asaltar la duda secreta sobre la que descansa el aún más profundo misterio de la vanidad».⁸

Nada que ver con lo que les sucede a ingleses, franceses o italianos. Los últimos crearon su estado en 1870, después de tres guerras en suelo nacional contra Francia, Austria y el Vaticano, y refrendaron su fundación mediante un plebiscito. Mientras tanto, entre 1864 y 1870, la Confederación de Estados Alemanes, encabezada por Prusia, invadía Dinamarca, Austria y Francia sin motivos aparentes, solo para ganar autoconvicción nacional. El historiador y político nacionalista Heinrich von Treitschke celebró la invasión con estas palabras: «La guerra es la mejor medicina para un pueblo». La unificación forjada con sangre y hierro bajo el mando de Bismarck resultó ser frágil y, en 1933, el diplomático italiano Carlo Sforza observó que «los alemanes se preguntan a cada momento qué es y qué no es la “alemanidad”».⁹

Entre 1800 y 1933, la falta de seguridad del nacionalismo alemán condujo a los conocidos excesos de fanfarronesca nerviosa. Pensemos si no en la fundación del segundo imperio alemán, que se tuvo que escenificar en 1871 en suelo del enemigo histórico, concretamente en el Salón de los Espejos del palacio de Versalles, ya que el imperio recién creado carecía de un centro administrativo reconocido. Pensemos también en la arenga con la que el emperador Guillermo II despidió, en el verano de 1900, a los soldados de la marina alemana que se dirigían a China para sofocar una sublevación: «¡Plantaos frente al enemigo y caerá él solo!». Y, sobre todo, «¡que ningún chino vuelva a atreverse a mirar de reojo a un alemán!». ¹⁰ En 1933, durante la ce-

lebración del 44.º cumpleaños de Hitler, los alemanes se vieron agasajados con cumplidos como el de ser «el primer pueblo del globo terráqueo».¹¹ Alguien que se expresa en estos términos carece de equilibrio interior.

LA BÚSQUEDA DE LA IGUALDAD Y EL MIEDO A LA LIBERTAD

Los que actúan movidos por la envidia hablan copiosamente del perjuicio del que son víctimas, tienen miedo a la libertad y propenden al igualitarismo. Los envidiosos desprestigian al prójimo, pero se ven a sí mismos como los débiles y prefieren la protección de un grupo con sentimientos afines. Libertad, igualdad y fraternidad. El pegadizo lema de la Revolución Francesa fue adoptado por los precursores alemanes del progreso democrático de un modo un tanto torcido. Con la idea de la libertad, que los franceses citaron en primer lugar, no lo supieron hacer tan bien como con el concepto de igualdad. Los alemanes proporcionaron al mundo los más importantes teóricos del comunismo y el socialismo, inventaron el sistema de seguros sociales, idearon el socialismo nacional de Hitler, imploraron la unión de las políticas social y económica en la RDA y crearon la economía social de mercado en la República Federal. En aras de la igualdad, los alemanes convirtieron el concepto de sociedad en sinónimo de estado y erigieron a este a la categoría de «padre estado».

Sin embargo, la *égalité* de 1789 se refería nada más y nada menos que a la igualdad de los ciudadanos ante la ley. No fueron los antisemitas, sino la abrumadora mayoría de los alemanes la que redujo tan valioso principio a algo totalmente irreconocible y lo convirtió, por mandato estatal, en una justicia material que había que garantizar. En lo sucesivo, los alemanes aprovecharían cualquier oportunidad para denunciar lo injusto que era el mundo con ellos, ya fuera reivindicando sus aspiraciones coloniales («¡Exigimos también nuestro lugar en el sol!»)*

* Palabras del ministro de Exteriores, Bernhard von Bülow, durante el debate en el Reichstag sobre la ampliación de los intereses coloniales del imperio alemán en 1897. (*N. del t.*)

o sumergiéndose en el sentimiento del eternamente marginado. Cuanto más anidaba en la conciencia colectiva esta forma de entender la igualdad, más pronunciado era el «afecto de diferencia» (Arnold Zweig) que rechazaba a los grupos formados por los distintos, especialmente cuando estos destacaban por su vivacidad, humor, perspicacia y éxito. Y asociado a él, desde el polo opuesto, también se pronunciaba el «afecto de centralidad», es decir, la «sobreestimación de la importancia del propio grupo».¹²

Desde sus comienzos, los nacionalrevolucionarios alemanes hacían encajar esta igualdad malinterpretada con su curioso concepto colectivista de libertad. Ya la guerra contra la ocupación napoleónica fue para ellos una «guerra de liberación». Es decir, muchos de ellos no interpretaban la libertad como una posibilidad o un estímulo individual, sino como un concepto restrictivo dirigido contra enemigos reales o supuestos. Sobre esta base mental e histórica, Richard Wagner publicó en 1850 el panfleto *Das Judentum in der Musik* («El judaísmo en la música») utilizando el pseudónimo de K. Freigedank [«K. Librepiensador»], y el pangermánico antisemita Heinrich Claß empleó en 1912 el sobrenombre de Daniel Fryman [«Hombre Libre»]. Hitler describió muy temprano su obra político-destructiva como un «movimiento de liberación» contra los grilletes del tratado de paz de Versalles de 1919. En el verano de 1922, el último canciller del imperio pronunció un grosero e incendiario discurso antisemita titulado «¿Estado libre o esclavismo?». El diario del partido que un joven Joseph Goebbels dirigió en 1924 en la cuenca del Ruhr se llamaba *Völkische Freiheit* («Libertad Nacional») y, en 1926, el propio Goebbels fundó en Berlín la Alianza Libre Nacionalsocialista.¹³ A este mismo concepto de libertad recurrieron directamente los funcionarios alemanes para acuñar el término administrativo «judenfrei» («libre de judíos»). Los discursos bélicos de Hitler se publicaban bajo el título de *Der großdeutsche Freiheitskampf* y los objetivos políticos eran «Wehrfreiheit», «Nahrungsfreiheit» y «Raumfreiheit», es decir, «libertad» para defenderse, alimentarse y moverse o, en otras palabras, guerra, asesinato en masa y control sobre el granero ucraniano y sobre todos los países que tuvieran materias primas importantes.

Hacia 1880, el pujante movimiento antisemita puso de manifiesto, por un lado, la existencia de un resentimiento contra los judíos y, por otro, la prolongada miseria política de los alemanes, caracterizada por el miedo a la libertad y a la propia valentía, y por la tendencia a imputar el fracaso propio a los demás. El envidioso siempre busca un chivo expiatorio. Sobre todo en épocas de crisis, unían la libertad con la sensación de incomodidad, incertidumbre y exigencia del entorno, mientras que la igualdad significaba para ellos protección, asistencia social y riesgo individual mínimo. Ello impedía cualquier maduración política. La libertad se marchitaba a la sombra de los valores de la comunidad. Los conceptos de igualdad, envidia y miedo a la libertad permiten reconocer la singularidad del antisemitismo alemán.

MÉTODO DE TRABAJO

Escribí la mayor parte de este libro durante los distintos viajes de investigación que realicé a Jerusalén, concretamente en la biblioteca del memorial Yad Vashem. En ningún otro lugar del mundo se puede encontrar junta tanta bibliografía especializada en el Holocausto. El programa de gestión del catálogo es extraordinario y su capacidad para realizar búsquedas combinadas supera de largo la de las bibliotecas de Berlín. Michal visitaba regularmente la biblioteca. Nacida en Tubingia en 1921 como Liselotte, había emigrado en 1935 a Palestina con la Juventud Aliyah. Ayudándose de una lupa que sostenía con una mano, escribía en hebreo resúmenes de documentos alemanes para los índices del archivo. Una mañana me mostró un documento titulado *Wachtmeister X* («Centinela X») sobre un miembro de las Waffen-SS, el cuerpo de combate de las SS. Contaba que en el año 1943, en Grodno, el centinela no quiso obedecer «una orden de fusilamiento de presos y personas no arias» y se disparó con su arma reglamentaria. Por este motivo, su viuda no recibiría ninguna pensión durante años.¹⁴ «Es la primera vez que leo algo parecido», me confesó Michal en un pulcro acento suabo.

El alboroto que, en ocasiones, se levantaba en la sala de lectura de Yad Vashem me producía un efecto estimulante. De repente,

irrupían grupos de escolares con sus profesores y empezaban a trabajar, debatir e investigar. Pero eran los visitantes ancianos quienes, por su dureza de oído, causaban mayor bullicio. De sus bocas salían frases entrecortadas, fechas y nombres de personas y lugares: «Pinsk, Auschwitz, Bencin, gueto, 1943, Kaufering, Dachau; *that's my father! No, that's my brother Chaim, he perished*; DP camp Föhrenwald, Bahnhofstraße 5, Lager Mühlenberg; Samuel Gleitman, *that's my mother's side...*». Una anciana buscaba, para otra señora mayor que ella, en el índice de asesinados que contiene los datos exactos de cuatro millones de personas. De repente, gritó en medio de la sala: «¡Lilly, ven, aquí están los tuyos!». Casi a diario acuden a la biblioteca fugitivos y supervivientes del Holocausto procedentes de muchos países en busca de documentos en los que se hable de su calvario y de pistas que les puedan acercar, aunque solo sea un poco, al destino de sus hermanos, abuelos o tíos asesinados. Llegan con la intención de conocer la fecha y el lugar de la muerte de sus familiares desaparecidos. A menudo dan con la información y, en voz baja, dicen: «Ahora ya podemos rezar el *kadish*».

La palabra Holocausto contiene todo el horror causado por los alemanes. Ellos encerraron a los judíos europeos en casas, guetos y campos de concentración. Cientos de miles perecieron allí de hambre, frío y enfermedades. A los que quedaron vivos, los alemanes y sus ayudantes los deportaron (en camiones, trenes o a pie) a destinos donde les esperaban pelotones de fusilamiento y cámaras de gas. Algunos de los que iban a morir habían tenido que cavar antes sus fosas comunes o encender los crematorios y llenarlos.

A menudo, y con más frecuencia aún hacia el final de la guerra, hombres de las SS, funcionarios del Ministerio de Trabajo y médicos alemanes seleccionaban a los deportados más fuertes para realizar trabajos forzados. Así sobrevivieron a los años del terror varias decenas de miles de judíos. Otros centenares de miles que cayeron bajo el control alemán lograron esconderse, huir en el último minuto o bien no fueron entregados a los alemanes por los responsables de sus países de origen. Esta última circunstancia se produjo principalmente en los países donde, por distintos motivos, la invasión alemana se pudo detener de inmediato o al cabo de algún tiempo, como sucedió en

Dinamarca, Francia, Hungría, Rumanía, Bélgica, Italia y Bulgaria. A pesar de ello, los alemanes asesinaron en tan solo tres años al 82 por 100 de la población judía que vivía en su territorio de dominio. Seis millones de personas en total.¹⁵

En el otoño de 1932, el locuaz sionista de Königsberg, Kurt Blumenfeld, ya sospechó lo que se avecinaba con más clarividencia que la mayoría de sus coetáneos (volveré a ello en el capítulo final). Más tarde, la brutal desolación causada por el asesinato de los judíos europeos le quitó las ganas de hablar. Blumenfeld conocía en profundidad lo ocurrido en los años de la desesperación y las heridas psicológicas que sufrieron los supervivientes. Pero cuando, en 1961, empezó a escribir sus memorias, se detuvo repentinamente al llegar al 28 de febrero de 1933, el día de su partida de Alemania a Palestina. Acharcó su silencio a la «nueva realidad» que comenzó entonces. «Han pasado veintiocho años desde aquellos días, los mismos que llevo intentando describir lo indescriptible. Fue la demostración de que la imaginación del ser humano nunca superará su crueldad. Por mucho que cualquiera de nosotros intente explicarlo, siempre faltarán palabras.»¹⁶

Kurt Blumenfeld murió en 1963, treinta años después del comienzo de la nueva realidad. Desde entonces ha pasado otro medio siglo y las secuelas de lo indescriptible no se han superado. Nunca será fácil dar con las frases suficientemente adecuadas para retratar la voluntad destructiva alemana que culminó de modo desenfrenado en el exterminio físico de los judíos perseguidos.

Desde 1961 hasta hoy, miles de fiscales, agentes de la policía judicial, jueces, periodistas, historiadores y supervivientes decididos a dar su testimonio o animados a recordar han multiplicado con creces el conocimiento que tenemos del Holocausto. Los muchos que investigan y reflexionan sobre aquel crimen en masa ya no discuten los hechos ni los indicios más importantes. Los motivos inmediatos que indujeron a los dirigentes alemanes a poner en práctica la «solución final del problema judío» son claros en lo esencial y solo existe diversidad de opiniones en la valoración de factores individuales. En cual-

quier caso, todos los que participan en el debate coinciden en resaltar la extraordinaria importancia de la fractura histórica que supuso el Holocausto. Quizá por ello todavía se discute sobre el sentido real de lo ocurrido y cuáles fueron las causas profundas. Las respuestas siempre serán fragmentarias y nunca superarán los límites de lo explicable, pero los historiadores están obligados a buscarlas.

Teniendo en cuenta el extenso período que abarca el presente estudio, he recurrido casi exclusivamente a fuentes impresas, ya sean revistas, peticiones parlamentarias, biografías familiares y personales, artículos de periódico o actas parlamentarias. Los textos reflejan una gran variedad de opiniones, a menudo contrapuestas, pero comparten una cosa: fueron redactados por contemporáneos que no sabían lo que los alemanes harían a los judíos de Europa entre 1933 y 1945. Los autores que, en 1820, 1879, 1896 y 1924, escribieron sobre el antisemitismo y los sentimientos de inferioridad de los alemanes o propagaron el odio judío y la primacía de la raza aria; o los que, entre 1930 y 1932, analizaron las consecuencias políticamente amenazadoras de las crisis económicas o el poder de atracción de Hitler, no conocían las consecuencias que tendría todo aquello. Los que vivieron, observaron y juzgaron durante aquellos años previos, a diferencia de los nacidos después, todavía no se hallaban bajo la doble presión de explicar un crimen inexplicable y, al mismo tiempo (de forma humanamente comprensible), mantenerse a distancia.

Solo en contadas excepciones recurro a fuentes no impresas, en concreto a las que llenan el archivo de siete metros de longitud de la familia Aly. Heredé estos papeles en 2007 y los clasifiqué. Algunos documentos se remontan a la guerra de los Treinta Años. El archivo contiene principalmente cartas, diarios, biografías y fotografías, en su mayoría de la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX. Ante este género de fuentes, mi planteamiento es el siguiente: si el antisemitismo alemán fue un fenómeno de masas que antes de 1933 no tenía motivos para ser ocultado, entonces tendrá que reflejarse en las cartas y recuerdos de las familias alemanas. En el legado de mis antepasados he podido encontrar algunos documentos muy adecuados y los he

integrado en el texto como testimonios de historia social. Al incluir fuentes de procedencia privada contradigo los planteamientos que sostienen que la enemistad alemana contra los judíos y, con ella, los antecedentes del Holocausto, se reducirían a unos cuantos nombres de determinadas instituciones, asociaciones o conocidos antisemitas alemanes.

Si nos queremos acercar a circunstancias pretéritas, no nos queda más remedio que tener presentes las condiciones bajo las que se actuaba y pensaba en la época en cuestión. Este procedimiento permite perfilar determinadas tendencias históricas que, posteriormente, coincidieron con otros factores (no por fuerza negativos) y se agudizaron. Por ello tengo en cuenta, más allá de la harto discutida emancipación de los judíos, el estado de ánimo de los nacionalrevolucionarios alemanes de principios del siglo XIX, así como el fracaso del liberalismo y la marcha triunfal del colectivismo. Además, contemplo las consecuencias derivadas de guerras, crisis y esfuerzos económicos, pero también la importante reforma educativa emprendida durante los años de la República de Weimar.

Por sí mismas, las declaraciones antijudías no explican los antecedentes del Holocausto. Si queremos entender el antisemitismo en la población dominante alemana, también tendremos que hablar de la habilidad, la voluntad de aprender, la capacidad de reacción y el rápido ascenso social de una cifra llamativamente elevada de judíos. Solo así es posible apreciar el contraste con la, en conjunto, indolente población dominante alemana y hacer visibles los puntos de partida del antisemitismo. Solo entonces se puede comprender por qué los antisemitas eran gente guiada por el rencor y la envidia. Los enemigos de los judíos reclamaban continuamente «más igualdad» para ellos, a pesar de que los judíos no disfrutaron, en la práctica, ninguna igualdad de derechos hasta 1918.

Mi exposición se limita al período de creación de la Alemania moderna, es decir, comienzo alrededor de 1800 y considero las relaciones entre judíos alemanes y cristianos alemanes establecidas durante los ciento treinta años posteriores. Solo ocasionalmente abordo la crónica de las asociaciones antisemitas y la mecánica de la legislación judía en los distintos territorios alemanes. Lejos de mi interés

está el atribuir por doquier el calificativo de «antisemita racial». Más bien trato de aclarar cómo y por qué se desarrolló en Alemania una forma de antisemitismo particularmente agresiva que, al cabo, tuvo un gran número de seguidores en todas las capas de la sociedad. ¿Cómo, cuándo y por qué se convirtieron los alemanes en resolutivos antisemitas? ¿Qué causas, qué predisposiciones psicosociales, qué factores internos y externos favorecieron este proceso? Si, para sentirnos seguros en el bando supuestamente bueno de la historia alemana, nos limitamos a repartir las culpas, no podremos explicar por qué los alemanes se pusieron tan mayoritariamente de acuerdo en convertir las palabras «judíos fuera» en un objetivo de estado, ni por qué fomentaron el éxito de la «fría crueldad de la pedantería racional» y la irrupción de un «materialismo biológico que no conoce de categorías morales», como lo expresó Theodor Heuss, el primer presidente de la RFA, en 1949.¹⁷

Los alemanes tomaron una senda que acabó en el abismo de la barbarie. En ningún momento lo hicieron obligados, pero, en cualquier caso, optaron por esa vía. El objetivo de mi investigación no es generar ninguna controversia en torno a cuestiones puntuales. Mi intención es comprender, desde su lógica interna, el proceso histórico que desembocó en el imperio del terror entre los años 1933 y 1945 y provocó el asesinato de judíos europeos, y aportar algunas respuestas a dos preguntas que siembran tanto desconcierto: ¿por qué los alemanes?, ¿por qué los judíos?

Las palabras impresas en cursiva en las citas se corresponden con las que aparecen resaltadas en el original. Como la bibliografía utilizada abarca un período de aproximadamente doscientos años, y con el fin de facilitar la ubicación temporal de las fuentes, en las notas numeradas indico la fecha de su publicación original y, cuando corresponda, la fecha de publicación de la edición posterior consultada. Si el texto impreso citado es poco extenso o todo él puede ser de interés para ilustrar el hecho al que hace referencia, no se indica la página o páginas de procedencia de la cita. También he tomado algunos fragmentos de un breve estudio que redacté en 2007 y publiqué en cola-

boración en 2008, como parte de una introducción no firmada, en el tomo primero de la recopilación de fuentes historiográficas titulada *Die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden durch das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945* («La persecución y asesinato de los judíos europeos por parte de la Alemania nacionalsocialista de 1933 a 1945»).

Confiado en que mis lectoras y lectores lo comprenderán, no entrecomillo los términos de uso corriente en la época, como cuestión judía, bastardo, *führer*, exterminio, arización, preservación de la sangre, mestizo, raza inferior o superior, etc. Me remito a escritos de autores judíos y no judíos en la misma proporción. Unos y otros abren perspectivas distintas y útiles para el planteamiento del problema. No siempre destaco la religión a la que pertenece cada uno de ellos. La mayoría de las veces se deduce del contexto, o los propios apellidos ya dan la pista. Pero, atención: ni Karl Kautsky, ni Matthias Erzberger ni Wilhelm Liebknecht eran judíos.

Más del 80 por 100 de los judíos establecidos en Alemania hasta 1933 tenían la ciudadanía alemana, es decir, eran alemanes. Así se consideraban en su gran mayoría y no pocos se sentían orgullosos de ello. La diferencia entre judíos y no judíos la limito a las tradiciones religiosas. Sin embargo, el libro trata de una época en la que se hablaba, simple e indistintamente, de alemanes, cristianos y judíos sin importar la distinción religiosa, nacional o racial, disfrutaran o no los judíos de derechos civiles.

Por consiguiente, renuncio a una precisión lingüística, en teoría deseable, que solo podría mantener pagando el precio de una artificialidad ahistórica. Dicha precisión también podría ofender a los muchos ciudadanos, cada vez más, que no se consideran creyentes. Por ello, utilizo las formas «alemán judío» y «alemán cristiano», lingüísticamente más correctas, solo de modo ocasional. En la Edad Media, para referirse a los judíos como grupo, en el idioma alemán se utilizaba la denominación colectiva *Judenschaft*, de la misma manera que se utilizaba *Handwerkerschaft* para referirse al artesanado o *Bauernschaft* para el campesinado. La palabra *Judenheit* apareció a principios del siglo XIX para recalcar simplemente la diferencia con la *Christenheit* («cristiandad»). Con el auge del nacionalismo, se prefirió

cada vez más la forma *Judentum*, que se correspondía con el *Deutschtum* («germanidad» o «carácter alemán»). Es decir, quienes utilizaban estas palabras entre los años 1800 y 1933, lo hacían indistintamente y solo de forma excepcional las utilizaban en un sentido estricto.

La redacción de este libro ha sido generosamente impulsada por la Fundación S. Fischer de Berlín y el International Institute for Holocaust Research de Yad Vashem, en Jerusalén. Allí he podido trabajar con toda tranquilidad gracias a la beca del barón Carl von Oppenheim para la investigación del racismo, el antisemitismo y el Holocausto que me concedió Christopher von Oppenheim. Además, mi labor se vio facilitada por las atenciones, opiniones, debates sinceros y muestras de hospitalidad de los colegas, hombres y mujeres, del centro Yad Vashem.

Como en otros seis de mis libros, Walter Pehle también se ha ocupado de la edición de la presente obra. A lo largo de 35 años de actividad profesional en la editorial S. Verlag, y siempre en un silencioso segundo plano, Pehle ha llevado a la imprenta más de doscientos cincuenta libros sobre la historia del nacionalsocialismo y, principalmente, sobre la persecución de los judíos. Siempre ha tratado a sus autores con paciencia, determinación y tolerancia, y ha difundido los trabajos de sus escritores hasta donde solo él es capaz de hacerlo. Y aunque editara obras que relataban crímenes horribles, Pehle nunca dejó de cultivar su gracia renana. El manuscrito de este libro fue el último en el que trabajó antes tomar la difícil decisión de abandonar su despacho en la editorial a los setenta años de edad. Como siempre, se fijaba hasta en la última coma y, haciendo alarde de su agudeza, durante la corrección del manuscrito me preguntaba: «¿Qué intenta decir el señor académico con esta frase?». Y, tras una breve pausa, proponía: «La tachamos, ¿no?». Por esto, y por las dos décadas de extensa colaboración, muchísimas gracias.

Berlín, marzo de 2011.